

## LA BATALLA DE LAS SIGLAS

Hace aproximadamente cuatro años, algunos periódicos publicaban la noticia de que, en el Reino Unido, los términos “Antes de Cristo” y “Después de Cristo” (B.C. y A.D.) habían sido sustituidos por “Antes de la Era Común” y “Era Común” (B.C.E. y C.E) respectivamente, ambos más políticamente correctos con otras culturas y, al mismo tiempo, más correctos históricamente. No mucho después, otros países seguían el mismo camino, siempre creando controversia entre los sectores más tradicionalistas. Porque, si bien es cierto que no todo el mundo acepta el cristianismo como creencia, también lo es que la figura de Jesús de Nazareth ni mucho menos nació en el año 1 como tradicionalmente se ha venido creyendo. ¿Por qué hablar entonces de 2007 después de Cristo?

Es generalmente asumido por los historiadores que Jesús nació seis años antes de lo que se pensaba. De otra forma, Herodes habría muerto ¡cuatro años antes del nacimiento de aquél a quien pensaba eliminar!. Es más, casi con total seguridad, se piensa que no nació en diciembre. Esta fecha fue escogida por la Iglesia para competir con la fiesta mitraísta del retorno del dios sol tras el solsticio de invierno. Muchas otras grandes fiestas cristianas tenían propósitos parecidos. Sabiendo esto, ni siquiera desde un punto de vista cristiano parecería tener mucho rigor histórico utilizar el término “Anno Domini” o “después de Cristo” para referirse al año en que vivimos.

Sin embargo, como era de esperar, muchas asociaciones religiosas se quejaron ruidosamente ante un cambio que consideraban que atentaba contra sus creencias y costumbres. Según estas asociaciones, el uso de las siglas había perdido toda connotación religiosa, por lo que era innecesario cambiarlas. Parecían no darse cuenta de que, si tanto habían perdido su connotación, qué contradicción que pensasen que se atentaba contra la tradición cristiana al modificarlas.

En cualquier caso, la idea de utilizar unas nuevas siglas había germinado plenamente en el Reino Unido. Ya desde hacía décadas que científicos e historiadores de todo el mundo de habla inglesa habían comenzado a recurrir a la “Era Común” en lugar de a esa era cristiana, difícil de aplicar cuando se realizaba un estudio junto a investigadores que bien podían ser hebreos, musulmanes o budistas o cuando se explicaba un tema a clases donde los alumnos podían pertenecer a múltiples culturas.

Hoy en día que los colegios reúnen a estudiantes provenientes de multitud de países, que las redes de comunicación aumentan las relaciones interculturales, que, por qué no decirlo, la religión tiene un peso menor sobre la cultura occidental, ¿por qué no cambiar y decir que vivimos en una era común diferente de esa era cristiana cuya ideología tal vez no compartamos? Quizá sea complicado para algunas personas saber qué significado tiene eso de 614 A.E.C. (Antes de la Era Común), pero ¿para qué sirve si no la divulgación histórica?. ¿Qué rigor histórico puede haber en nombrar las fechas según un calendario erróneo? ¿Qué sentido que un agnóstico o un hindú utilicen una terminología inspirada en unas creencias que no comparten? Tal vez debamos también los españoles plantearnos la posibilidad de cambiar nuestra forma de decir el año en que vivimos. Ya no se trata solamente de una cuestión de corrección política, sino de corrección histórica.

B.M.



## ¡VÁS A SABER LO QUE ES BUENO!

Y ¿qué es bueno? Pues no es tan fácil decirlo, ¿verdad? No es tan fácil decirlo como saberlo, o como sentirlo. Porque encontrar alguna bondad que nos sirva para explicar y entender todo el resto de bondades que nos han saltado al paso, más bien me parecería una traición de las otras y verdaderas, y cambiar su recuerdo vivo por una idea, siempre inexacta y falsificadora de lo que ellas eran. Sería algo así como tratar de explicar a qué sabe un melocotón y además, no contentos con eso, tratar de explicar qué es el sabor en general. Cualquiera que haya sufrido alguna que otra clase de psicología en que se le haya explicado con pelos y señales qué es el sabor, sabe muy bien que eso es un puro tongo, que hay gato en cerrado, y que ni papilas gustativas, ni glándulas salivares, ni terrenos vedados del cerebro, ni perro muerto que valga me pueden decir a mí qué es eso que estoy sintiendo cuando le pego un muerdo a un melocotón o a una pera, por no decir ya a un quigüi o una sandía. (Yo no sé bien lo que es el sabor, podríamos decir, pero sé bien que no es eso.)

Pero hay otra forma de saber lo que es bueno, aunque quizás no satisfaga al lector de estas letras. Hay otra forma que no es tan directa y definitiva como la de arriba, pero que tiene un regusto de practicidad y de utilidad de la buena que quizás le pueda servir a ese otro lector con menos aspiraciones y más incrédulo en general a estas palabras mías. Se trata de la desventurada vía negativa, es decir, que ya que lo bueno no se deja saber, a lo mejor podamos saber qué es lo que no es bueno. Aunque tampoco así quizás encontremos nada contundente, no piense el lector que le voy a solucionar la vida, pero a lo mejor encontramos algo. Puesto que parecía que no resultaba fácil, y hasta que era bastante traidor y mentecato, tratar de descubrir el bien así a las claras, la primera vía negativa que se nos presenta es la de sospechar de primeras de cualquiera cosa que nos vengán vendiendo como superbuena y requetebuena y la hostia y lo último y lo más y todo eso que tanto nos suena. Sospechar por tanto de lo que nos venden como bueno. (Porque cuando una cosa es buena se suele decir en bajito, ¿no es así? ¿No se acuerda?). Y no solamente son motivos los gritos y los pantallazos y los cacareos para sospechar de que una cosa sea buena, sino que hasta casi podríamos decir que podrías, lector, sospechar que todo eso que tanto te gritan y te dicen que es bueno y lo mejor y el sumun, no es sino simple y llanamente, malo. Lo bueno se dice en bajito, para que no se sepa.

Así que de golpe ya puedes empezar a sospechar, lector, de los automóviles, que en todas partes aparecen vendiéndose a grandes letras y fotos. Puedes empezar a sospechar que los automóviles no sean buenos, lector. Y de las televisiones y hasta del televisor mismo, también puedes empezar, que ya ves cómo se anuncian en tiendas de electrodoméstica y canales televisivos. La última tele, el mejor deudé, el último grito en electrónica. La nueva serie, el último programa, los nuevos capítulos, lo nunca visto. Lo bueno, lo mejor, el novamás anunciado a gritos desde las pantallas y las hojas de la prensa.

Yo no te puedo decir lo que es bueno, humilde lector, ni tampoco lo pretendo, pero si oyes que se alza la voz o el tipo de imprenta, si ves que los colores se hacen más fuertes e intensos y te dañan la vista, si ves que se te ofrece el bien con seguridad y certeza, y que se proclama a la vista de todos... sospecha, lector, sospecha.

D.P.

## SÓLO NOS QUEDA EL PROGRESO...

Que todos queremos progresar parece claro. Al menos en lo que se refiere a la idea inherente de saber que el progreso tiene como fin alcanzar ese estado ideal, ese paraíso que daría sentido a la inmortalidad. La meta parece clara, pero ¿y el camino? ¿Compartimos una misma manera de progresar?

La concepción de progreso dependió en un momento de su dimensión teológica y hubo quien calculaba la prosperidad desde la creciente moralidad del individuo y su salvación. Su dimensión metafísica la sumergió en el prodigioso mundo del ser y la libertad, en la grandilocuente razón del hombre que ascendía a la vanidad de creerse con el mundo en las manos. Hubo quienes le encontraron su sentido en el desarrollo de la ciencia. Evolución que sin duda ha contribuido a, por ejemplo, tener una mayor esperanza de vida y, por lo tanto, más años para seguir reinventando el progreso. En este último estado de la ciencia positiva, Saint-Simon y Aguste Comte lo advirtieron como el “logro que corona el pensamiento humano”.

No faltaron aquellos que consideraron el progreso algo externo a los avatares de la historia, ya que en la misma transformación unidireccional del desarrollismo, alcanzaría su propio hueco. El progreso no se consigue, acontece, creían. Así convergieron las diferentes concepciones hasta que triunfó el término en el siglo XIX, que fue denominado como la “Era del progreso”. A punto estábamos de conseguirlo. Después llegaron los efectos colaterales, sobrevinieron sus debilidades y el progreso entró en crisis. ¿Había sido tal la evolución por el cambio del campo a la ciudad? Las sociedades urbanas requerían unas mejoras diferentes, ¿qué significaba entonces el progreso?

Ahora, todos damos por sentada la idea, pero pocos confiesan saber su representación. Saqueado el término, lo peligroso es llegar al relativismo de perder casi una esperanza, ¿es todo progreso progresista?

En este sentido, sería productivo entablar el debate entorno a la identidad de “progreso”. Como sustantivo nos sitúa en el resultado final de un proceso que conlleva un avance positivo; como adjetivo se presenta como una categoría evaluativa, relativa a los valores que tomemos en consideración. Valdría preguntarse, si muchos de los cambios sociales que se han dado sobre todo en este siglo, en el que las nuevas tecnologías han sido el criterio de progreso, llevan a resultados progresistas.

Además, la complejidad del término se enmaraña en las comparativas. Desde la situación etnocéntrica de la sociedad europea y americana, que han considerado el progreso como un proceso lineal y a ellos como punto de referencia, sitúan a las demás sociedades en una etapa inferior de progreso. ¿Es justa esta aplicación del término?

La crisis sufrida por la idea de progreso exige una reformulación del concepto, abarcado desde la realidad más inmediata, antes de que acabemos con él. Porque hablar de progreso significa hablar de futuro. Es nuestra alternativa a la utopía, aunque a veces vayan de la mano. Y es sobre todo una necesidad. “El mundo cree en el progreso porque la única alternativa posible a esa creencia sería la desesperación absoluta”, nos recuerda el ideólogo norteamericano, Sidney Pollard

L.F.

## REFLEXIONES SOBRE LA MUJER

Surgen, en ocasiones, divagaciones y observaciones... que tras un velo de añejo resentimiento, se ven nubladas por el halo de lo irreal. Quiero decir, con estas palabras, que evidentemente, las ideas que aquí coloco, no tienen ningún parentesco con la verdad. Son parte de mí, de las lágrimas que me abruman la visión y hacen que esta no sea diáfana... Distorsionada por el dolor, está la imagen de Afrodita, surgiendo de las aguas.

Las Aguas. Y la llegada a tierra firme. Una mujer poco común, en un medio desconocido. Una mujer nunca vista anteriormente. Desvestida por la mirada del hombre. ¿Qué es sino nuevo territorio a regir? Mi ser es como una orilla, y soy una orilla distinta. ¿Qué hizo Colón nada más descubrir América? Pisarla. Pisotearnos: Es la tarea de la conquista masculina. También llega la evangelización o sometimiento, pero primero se te suben encima, y no contentos con ponerte el pie por cima, en ocasiones, te ponen la mano, si no has aprendido bien la letra de la lección, el himno a lo establecido.

Maltratadas. Por el patriarcado, porque somos propiedad, parte de la herencia, parte del "Patrimonio". Es por eso que las huérfanas son acogidas por otros padres adoptivos (de re-puesto), proxenetas en muchos de los casos. Y sí, así se nos trata. Nada ha cambiado desde el siglo V antes de Cristo. Somos posesión, y a la vez somos lastre. Como esa mercancía corrupta que nadie querría adquirir, porque está manoseada y rancia, malograda por el hecho de haber estado expuesta a la soledad del encierro, que no pudo transpirar por la cremallera mordiente en los labios, y las muñecas esposadas con sogas de lija.

El gineceo: El gueto femenino. Reducidas a tareas concretas, a ámbitos no cuestionables. No salir del sótano, o de la cocina. O sí, para las festividades religiosas, para ir al mercado tal vez... Todas sabemos del encierro, del "sueño de alas" que nos hará libres. No, señores, las mujeres no soñamos con el príncipe azul que nos rescate del dragón. Soñamos con salvarnos nosotras mismas de príncipes azules que llevan el dragón bajo el disfraz de caballero (andante o "montante"). Aún espero aprender a leer un cuento en el que el caballero no se case con la princesa, sino con la esclava o con la prostituta, marginada socialmente y señalada con acritud. Marcada, como el ganado. Pero los caballeros están muy ocupados rescatando damiselas en apuros. El cortejo no se hizo para antes que "no necesitan afecto". Las putas llevan un cartel en la frente que reza: "Pase sin llamar". Por eso los caballeros no perderían su precioso tiempo con hembras castigadas, por eso ellas no acaban de curarse jamás: El mimo no casa con lo asilvestrado.

En ocasiones, me han tratado como una puta. Lo malo es que nunca se acordaron de pagarme. Y pienso en las hetairas o heteras: estas mujeres griegas, cultivadas, que entretenían en los festines griegos. Que se mezclan con el vino, como hace el agua en el simposio. Pero ellas conversan, tocan instrumentos y cantan. Hoy en día, es mejor estar callada. Te harán mujer objeto, aunque te sepan capaz de ornar palabras.

Por eso, muda, se es mejor puta en nuestro tiempo.

Y a veces, gritos de socorro. Pero en un lenguaje incomprensible, femenino y reducido. Hago mención a "Pomoc" (el corto de un compañero de la facultad, Abraham Hernández Cubo, proyectado hace más de un año en el Paraninfo, que gira en torno a este tema de la prostitución). No se entiende nuestro modo de duelo, ni nuestra súplica de auxilio. Nuestro lenguaje es otro, porque no somos iguales como género, pero sí equiparables y merecedoras de los mismos derechos.

Por eso, repito, somos mejores putas, si no abrimos los labios del rostro, en los tiempos que corren. Las piernas ya nos las abrirán por fuerza, digamos lo que digamos, digamos "no" o callemos por hastío e impotencia. Y no a "desconocidos en chándal", a veces a nuestra idealizada pareja. Eso sí, no hay que verter lágrimas en su presencia, porque la máscara de pestañas ensucia las mejillas de porcelana. Y ante todo, se nos exige: hay que ser "socialmente" bellas. La perfección buscada en el ser más abyecto. Paradojas del pensamiento que fluye en esta época, ironías tan lastimeras... Como las marcas violáceas del poder sobre los cuerpos, estas pieles aterciopeladas, que magullan con sus nudillos.

Pero tranquilas, hermanas, jamás nos tocarán el alma.

El alma está en otra parte, tarareando nerviosamente para no escuchar llantos ni temibles amenazas. El alma salió flotando del recipiente sin esperanza, es el instinto de supervivencia, que la maternidad encarna.

Porque ni el acoso, ni el maltrato, ni la marginación han desaparecido en el siglo XXI.

M.P.G-M

## DEL FILÓSOFO Y LA VIDA "TERRENAL" (o de la tentación de Mefistófeles)

*"Todo aquel mundo de ficción tiene su raíz en el odio a lo natural (la realidad), es expresión de un profundo descontento con lo real... Pero con esto queda aclarado todo. ¿Quién es el único que tiene motivos para evadirse, mediante una mentira, de la realidad? El que sufre de ella. Pero sufrir de la realidad significa ser una realidad fracasada..."*  
(Nietzsche, *El Anticristo*, §15)

Es un prejuicio bastante extendido, desgraciadamente incluso dentro de nuestras propias fronteras facultativas, el creer o imaginar un filósofo como asceta, como contemplativo puro, como en éxtasis espiritual, alejado de todo placer terrenal, de toda incitación sensible. ¿O quién no se imagina a un filósofo, con la mirada vacía, la inteligencia trabajando, no haciendo caso ni del hambre ni del deseo sexual, apartado de la carne (y si hace falta con la toga al hombro)?

No hay que culpar a ningún extranjero de ello – los propios filósofos importantes han contribuido a ello. Platón, el padre de la filosofía, criticaba duramente los placeres corporales en pos de los placeres espirituales (¿y no dijo Sócrates, cerca de la hora de su muerte, que el filósofo se dedicaba toda su vida a estar lo más cerca posible del estado pacífico e intelectual de la muerte? [aunque éste sea nulo...]); toda

la filosofía cristiana medieval, criticando el vicio, el deseo, el placer carnal, la feminidad, en pos de una liberación espiritual post-mortem en la que nuestra bendita alma, si hemos sido lo suficientemente beatos, se unirá en placentera y eterna contemplación de Dios (por muy aburrida que parezca esta perspectiva de vida post-mortem); Kant, definiendo la metafísica como el intento de sustraerse desde los influjos sensibles a lo supra-sensible, racionalmente puro, y definiendo al hombre santo como al que es capaz de evitar las inclinaciones sensibles, corporales, y regirse únicamente por el santo y apostólico deber moral; y, en fin, ¿cuántos más?

¿Les daremos la razón a todos ellos? ¿Seremos los nuevos filósofos, y no sólo los nuevos filósofos, sino también todos los seres humanos restantes, ejemplos perfectos del ideal ascético? ¿Cortaremos de raíz todo influjo y seducción corporal, femenina (aunque para ello debamos seguir el ejemplo de nuestro antiguo predecesor Orígenes, es decir, castrarnos violentamente)?

En verdad, incluso puede que tenga cierto sentido hacerlo. Hagamos un ejercicio de imaginación: ¿os imagináis a Platón, encerrado en la Academia, extasiado en la contemplación (si es que la alcanzó) de las Ideas, mientras devoraba un perfecto banquete y bebía vino a raudales (con lo cual seguramente alcanzaría cualquier estado)?, ¿os imagináis a Kant, escribiendo por la mañana acerca del hombre santo, encerrado en su despacho con vistas directas al campanario de la iglesia, y por la noche disfrutando de un orgasmo brutal en el lecho de una concubina (no hace falta que os lo imaginéis del todo)?, ¿os imagináis a Leibniz, hablando de su justicia divina mientras obliga a sus súbditos a limpiarle los botines hasta ver los

preciosos telares de seda importada que cuelgan de las paredes reflejados en ellos? - Absurdo... ¿en serio?

Estamos tan acostumbrados a rechazar lo sensible, tan cristianizados, que incluso en los que no son cristianos reconocemos esa tendencia. ¿O es que Platón, aquel griego del que hemos hablado antes, no afirmaba que el alma o inteligencia también poseía un tipo específico de placer, y que el verdadero éxtasis se alcanzaba cuando los tres tipos de placeres (placer por el cuerpo, placer por la fama, placer por la sabiduría) estaban en perfecta correspondencia, unidos en un torrente general de deseo (aunque, eso sí, siempre dirigido por el deseo del alma)?

¿Acaso todo esto es necesario? ¿Acaso es necesario el rechazo de todo lo sensible, de todo lo material, de todo lo físico? ¿O existe una causa fisiológica, tipológica, en ese rechazo? ¿No debemos aprender a mirar más a fondo para encontrar en ese rechazo a lo femenino una conciencia de debilidad corporal – una marca de histeria que, para curarse, rechaza?

Debemos buscar, debemos ser un nuevo tipo de hombre – un nuevo tipo de filósofo (¿o acaso no son todos los hombres – unos filósofos?). "¡No dejéis que vuestra virtud huya de las cosas terrenas y bata las alas hacia paredes eternas! ¡Ay, ha habido siempre tanta virtud que se ha perdido volando!" (Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, 1 – De la virtud que hace regalos). Dirigir vuestras miradas a la tierra, a lo sensible; aprender de ello – ¿o no podréis aprender del placer? Sólo los débiles, los que no soportan el placer, remiten reactivamente a un mundo en el que el placer es malvado – ¡Hagámonos fuertes! "¡Endureceos!" (Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos* – Habla el martillo)

M.A.B



## LA CORRUPCIÓN DE LOS SUEÑOS

El deseo de lo material, en contra de lo comúnmente estipulado, nos acerca más al conocimiento de las posibilidades de una persona antes que al de sus ambiciones, sus anhelos o sus debilidades. Partiendo en dos el mapa de las aspiraciones, permítaseme nombrar ambos reinos: el que desea y el que sueña, quedando las diferencias salvadas por un consenso entre los caprichos admitidos dentro de lo cotidiano, y la pretensión de lo inasible, lo inmaterial. Así es el hombre honesto consigo mismo y proporcionado en sus “quereres” en todas las versiones de sus apetencias. En todas, menos en el aspecto más inabarcable del ser. Una vez más presentado como enemigo y placebo, el más agasajado por la imprenta y el pensamiento, impetuoso y codicioso: el Amor.

Estableciendo la condición de que se aspira a lo que, en cierto modo, se venera, suelen dividirse los objetos venerados en dos: los asequibles y los quiméricos. Un ciudadano medio podría desear un ascenso en su puesto y en su cuenta corriente, puede torturarse y permitirse el lujo de sufrir malas digestiones por los achaques de su Ford, porque la meta no es una utopía, pero ¿qué clase de estúpido en su posición gimotearía por no poder mirar al sol de agosto desde la cubierta un yate? Igualmente puede un Onassis cualquiera lagrimear por una tiara de diamantes, pero no por la plata de nuestro satélite. Convenimos entonces en que lamentarse por la ausencia de lo que nunca se podrá abarcar es tan absurdo como llorar por no poseer un unicornio.

Sin embargo, el ser humano era tan complejo y capaz como para inventar algo más allá de este mero e insípido deseo. En su raciocinio fue maldecido con la lacra de poder y querer soñar. Sueños que existen únicamente para solaz de la mente o como resultado de algún sedimento mal barrido de la infancia, pero sobre todo, para vituperio de la inteligencia. Y que las entrañas se revuelvan por la lejanía de un sueño, por su inaccesibilidad o por el miedo a sus tendencias menguantes, es una enfermedad de los poetas o de los ingenuos. Por el contrario, el nivel del deseo está equiparado con el de aquel que desea. La paradoja nace de esta mezcla insana que hiede cuando reaccionan juntos los vapores de la veneración del objeto y la más presuntuosa vertiente humana. Un acto irracional, autocontemplativo y apenas clasificable que borra la frontera del deseo para irrumpir en el territorio de las quimeras, manteniendo un difícil equilibrio entre ambos con el único objetivo de alcanzar lo divino mediante armas tan blandas como las humanas. El territorio del Amor se ha explorado en mil tratados, pero nadie aún ha podido evitar que la bandera de su conquista se haya ido desfleando, hebra a hebra, hasta convertirse en una madeja sin sentido ni esplendor.

Se dice que el amado, cuando Literatura y Utopía andan por medio, goza (o sufre) de una sublimidad tal desde los ojos del amante, que resultaría un acto en exceso vanidoso por parte del que ama el pretender estar a la altura de su divinidad. Los poetas hallan en su dama a una Musa, ya pueda ser esta una dama sin cuna, y con la delicadeza más pocha que sus pómulos como ciruelas (pasas), que recrearán las facciones ¿exquisitas? de sus amadas con parecidos a Venus o a Diana. En cuanto al resto de los mortales sin don, que prefieren ceder su voz a las expresiones de los artistas porque la propia no sea menos emotiva, siguen creyendo y, ante todo, queriendo, ser únicos e irrepetibles en su devoción por la muchacha o el efebo que en nada más que una hora cambió el rumbo entero de sus vidas. La posesión se convierte en la meta y ahí es donde el deseo sustituye al sueño, y el sentimiento se corrompe.

Si se aspira a lo que se puede materialmente aspirar, y los sueños sólo valen para deleite del alma y para dañar hasta provocar la versificación; si el deseo es un hito superable, ¿cómo pecan los castos de ideas y de fantasía después de haber elevado su fe y a su adorada hasta cumbres hechas de olímpicas nubes? El primer paso que dé el amante por aproximarse a la Musa es ya la negación de su divinidad. Y anulado el carácter insondable de la distancia pierde el hombre su humildad y la fiabilidad de su veneración.

Querer poseer el objeto amado y languidecer y suspirar por él, lo priva ya de ser quimérico o divino; y como dijo Baudelaire, ya supone la corrupción del Amor, aunque su declaración tendiese a un sentido mucho más ácido.

O quizás el amor es otra cosa: un arte, o como dijo una tal Nancy Mitford, un talento escasísimo que todos creen poseer. Tan efímero y distinto del Amor que supieron Platón y Petrarca y Chrétien de Troyes; una emoción tan excelsa que a los hombres de antes sólo se les permitía llegarla a soñar.

C.A.

## DEL HOMBRE Y LA MUERTE

*“Pero el valor es el mejor  
matador, el valor que ataca:  
este mata la muerte misma”  
(Nietzsche, Así habló Zaratustra, 3 – De la visión y el enigma)*

Un miedo, un solo miedo, mantiene atado a ese fantástico animal racional, le postra, le humilla, le vuelve irracional, y parece que será siempre así por los tiempos de los tiempos (amén).

Como el hombre, todos los seres vivos tienen un enemigo común por naturaleza que parece ser mucho más poderoso que todos ellos, pues ninguno consigue vencerle: la Muerte. La Muerte es el enemigo final con el que cada ser vivo se enfrenta como la culminación de su destino. Es inevitable, cierra el ciclo que todos iniciamos en el momento de nuestro nacimiento. ¿Vamos a dejarnos vencer tan fácilmente por ese miedo? ¿No? Entonces luchemos con la ayuda del mejor matador.

La Vida es algo extremadamente poderoso: es lo único que consigue crear algo de la nada, crear un alma donde antes solo había óvulos y espermatozoides. Y sin embargo ese poder no parece suficiente para enfrentarse a la Muerte en esa lucha de titanes, una de las infinitas luchas que pueblan el universo. Es claro que todo ser vivo pierde en su lucha con la muerte. Pero, el ser humano, en su calidad de ser vivo por antonomasia, ¿no es capaz de hacer nada más? Por lo visto lo único que puede hacer es suplicar, arrodillarse, convertirse en marionetas de dioses que ellos mismos han creado en un intento reactivo de desplazar la responsabilidad del cometido a otra persona. Incluso la mayoría de las personas que han conseguido el poder inigualable de llegar a ser verdaderos hombres, los cuales durante su vida lucharon fielmente contra el enemigo, al final de su vida desfallecieron en el cometido, ya sea porque se rindieron ante el enemigo, o porque empezaron a obtener el poder necesario para la lucha por ese modo reactivo que consiste en confiar en que un dios supremo va a conseguir lo que nosotros, insignificantes humanos, no logramos (a menudo se suele decir que la religión es un recurso de ancianos: parece como si ellos, al final de su vida, fueran los únicos que <<no necesitan>> de ese apoyo moral y psíquico frente a la muerte. Sin embargo, ya desde una temprana edad se descubren almas que necesitan de ese apoyo...).

Plantemos un momento los pies en el suelo, en esta <<fría>> realidad, y pensemos un segundo, rumiemos un segundo qué significa el hecho de que el ser humano sea el único ser vivo que puede tener conciencia de su muerte. Si lo hacemos es gracias a dos facultades básicas del hombre: la memoria y la razón. La memoria nos permite constatar de un modo objetivo, histórico, que los seres humanos que existen a nuestro alrededor mueren, mientras que la razón, del mismo modo que crea la ley de la causalidad por costumbre, del hecho de que, en el cien por cien de los casos, hasta ahora todos los hombres han muerto, deduce que es irremediable que los hombres mueran, por lo que, por analogía, si nosotros somos hombres, nosotros



vamos a morir.

Este pensamiento choca frontalmente con lo que parece que es el instinto de supervivencia de todo ser vivo, que en el ser humano se convierte en una especie de sentimiento de arrogancia y de pretensión de infinito - ese infinito que perdimos cuando entramos en el mundo del tiempo y de la memoria (Este sentimiento queda patente en los interminables dolores de cabeza de Unamuno, ser humano que no comprendía cómo él podía estar existiendo en ese momento y sin embargo dejaría algún día de existir: “Cuando me creáis más muerto retemblaré en vuestras manos”). Sin embargo, deberíamos ser capaces de controlar nuestro instinto de supervivencia, o al menos de calmarlo con alguna esperanza. Volvamos a la facultad de la memoria; ésta, al igual que nos proporciona el recuerdo de hombres muertos, a su vez es incapaz de proporcionarnos un solo recuerdo de esa época sin tiempo en la que nosotros ya estábamos muertos, esa época en la que no sentíamos, no pensábamos, no

amábamos... en definitiva, no vivíamos (y lo contrario de estar vivo es estar muerto). Desde este punto podemos mantener calmado al instinto de supervivencia en cierto modo al decirle que él no va a tener que esforzarse por luchar con la Muerte, que esa lucha nunca se va a dar, pues la Muerte, en cuanto llega, ha vencido, no da lugar a lucha alguna. Cierto es que se suele decir que los que agonizan se mantienen vivos por fuerza de su instinto de supervivencia. Yo digo: no es el instinto de supervivencia el que lucha en ese momento, es la Vida la que se enfrenta a la enfermedad para poder seguir viviendo. No hay lucha posible entre el instinto de supervivencia y la Muerte, son contradictorios, cuando el uno está el otro no puede existir.

Éste es sólo un motivo por el que no debemos tenerle miedo a la muerte, a saber: no hay lucha contra ella, cuando llega es el fin y no hay vuelta atrás ni posibilidad de escape. Pero esto no debe hacer que sintamos que, si no podemos alcanzar la existencia infinita, ni siquiera merece la pena la existencia a corto plazo. Volvamos de nuevo a la parte de la facultad de la memoria; la importancia de la vida consiste precisamente en que debemos estar orgullosos de la oportunidad que se nos brinda de vivir, de introducir nuestro pequeño ciclo en el eterno ciclo de la Historia, incluso de alcanzar existencia infinita a través del recuerdo futuro de las hazañas de nuestra vida. La vida es un ciclo en el que sólo importa la parte en la que existimos. Que la muerte sea inevitable no debe conseguir que no nos esforcemos por vivir, para que así, en el momento de su indiscutible e inevitable victoria, podamos decir esas mágicas palabras de Nietzsche: “¿Era esto la vida? ¡Bien! ¡Otra vez!” (Nietzsche, Así habló Zaratustra, 3 – De la visión y el enigma) – algunos no entenderán estas palabras en el sentido en que deben entenderse aquí; no significan: la vida me ha gustado tanto que quiero vivirla de nuevo (este pensamiento es tan reactivo como el pensamiento del dios salvador); al contrario, significan: ¿en el contrato de la vida se incluía la irremediable muerte y el eterno dolor? ¡Bien, sea la vida así una y todas las veces que sea!. Pues ella misma nos ofrece la eterna compensación de su lado negativo, ella misma es la eterna compensación. Amén [verdad].

M.A.B

## FAUSTO

(lat. faustus). Feliz, afortunado.

Creado por J. W. Goethe en 1806, Fausto es uno de los personajes con más trascendencia en la historia de la literatura alemana.

Con un nombre irónico, toda su existencia está marcada por un malestar con el mundo que le rodea y, sobre todo, con él mismo. Quizá por eso sea tan importante, porque es el reflejo de lo que todos hemos sentido alguna vez; el ansia de saber más, el rechazo a nosotros mismos y la duda sobre cuál es el verdadero valor de la moral.

Nadie puede juzgar. Sólo uno mismo conoce la ausencia de sentido de su vida, la dimensión de su propio sufrimiento.

El objetivo principal de la vida es la felicidad. Vivimos en la constante búsqueda de medios para conseguir este ansiado fin. A medida que pasan los años, la tarea se complica. Más preocupaciones, tensiones, responsabilidades... De niño todo era más fácil. Pero también me preocupaba por mis asuntos infantiles, tenía una ligera responsabilidad sobre mis apreciados juguetes, entonces, ¿cuál es la gran diferencia?

De niño no sabía todo lo que ahora sé. Y así llego a la conclusión de que el conocimiento nos tiende a la infelicidad. Tanta información me oprime el pensamiento y, en vez de sonreír inocente ante el mínimo detalle, lo pienso, lo razono, conozco las miserias de la tierra. Y me entristezco.

Aun así, necesito saber más, la ambición humana no conoce límite. Es una forma como otra cualquiera de destacar entre toda esa mediocridad. Si consigo llamar su atención me aseguro de que no me olvidarán, cuando escuche mi nombre en sus bocas sabré que de verdad he vivido para algo. Lograré desprenderme de este sentimiento de inferioridad que vengo arrastrando desde hace años... ¿Cómo iba a saber que es un sentimiento por todos compartido? Por unos más que por otros, por supuesto. No es igual el sentimiento que pesa sobre quien labra su campo al sol y conoce poco más que la extensión de su huerta que sobre quien maneja millones en un despacho cualquiera de un importante edificio de oficinas cualquiera. La cultura decide con qué te conformarás. Unos necesitan demostrar más que otros para poder conciliar el sueño. Y si el afán de superioridad es castigable, no podemos saberlo, ya que es algo que todos deseamos y por lo que damos sentido a la existencia. Si tuviéramos que condenar a todo aquel que quiere ser mejor... Compararnos con los demás es lo que nos incita a desearlo, quienes viven aislados tienen menos necesidad de sobresalir.

En vez de aferrarse con fuerza a una sola cosa, el hombre sabio se salpica de cientos de conocimientos, sin llegar a empaparse. Es su eterno conflicto, ¿cuánto tiempo se necesitaría para dominar todas las artes? ¿Es suficiente una vida entera? Podrías pasar tus mejores años devorando libro tras libro y jamás llegarías a saberlo absolutamente todo.

Quizá te llamen loco por tus delirios constantes. Quizá te crean fuera de su realidad. Pero lo tienes tan claro que dudas de si la verdadera realidad no será la tuya y ellos sean los extraños. Después de todo, la realidad no es necesariamente lo mejor, ni lo más lógico, sino lo que se adaptó al deseo colectivo. Es lo que la mayoría de la gente cree que es. Así es difícil distinguir el bien del mal. Después de todo, no existen apenas referencias sobre lo que consideramos un buen comportamiento, no es extraño tomar el Evangelio para ello, por eso Dios está tan presente en la obra. Las leyes morales no están escritas y se supone que todos debemos conocerlas. Pero la misma acción puede resultar una auténtica locura o simple rutina, dependiendo del sujeto, entonces, no tienen por qué concebir el bien o el mal de la misma manera. Fausto se tortura porque desea conocer toda la verdad, pero es algo imposible, ya que es completamente relativa.

Solemos tomar nuestro propio interés como punto de referencia. Tanta subjetividad puede transformar el modo de plantearnos un hecho, tomando un fin como una justificación satisfactoria a nuestro modo de actuar. A veces ni siquiera nos tomamos la molestia de razonar, si el objetivo es tentador. La carne humana ha sido débil desde el principio de los tiempos, desde que la eterna Eva mordió la manzana. Fausto no tiene nada que le importe en su vida, por eso es completamente libre para actuar. Siente la tristeza, desea saberlo todo y así ser superior, y cae ante la tentación. No es un comportamiento tan extraño sabiendo que proviene de un ser humano.

S.P.

## GRAN HERMANO LITERARIO

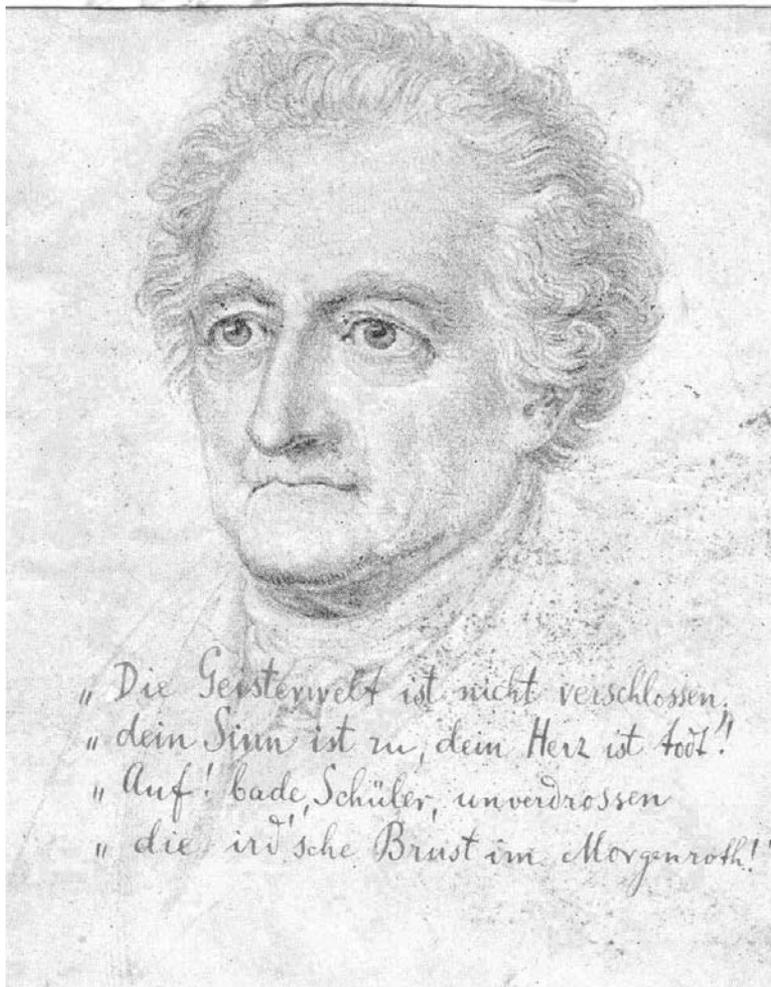
¿Y si el sentido común dictado por la época hubiera llevado a Jane Austen a esconder una sensibilidad lésbica entre las líneas de sus novelas? ¿Mr Darcy era en realidad una mujer? ¿Cambiaría esto la obra de Austen de alguna manera? ¿Sería mejor o peor? Nunca he tenido muy claro hasta qué punto es realmente importante —o necesario— conocer los impulsos íntimos de los escritores para comprender mejor su obra.

Según el número de publicaciones dedicadas al tema, podemos decir que bien sea como investigación filológica o como mera curiosidad, la vida privada de los escritores despierta interés. En noviembre del 2006 se publicaron en el Reino Unido las biografías de dos escritores: Thomas Hardy: *The Time-Torn Man* (Claire Tomalin, Viking 2006), *The Life of Kingsley Amis* (Zachary Leader, Cape 2006), y el segundo tomo de la biografía de un crítico: *William Empson: Volume II: Against the Christians* (John Haffenden, OUP 2006). A principios del 2007 aparecerá, además, la película *Becoming Jane*, que presenta a una Jane Austen enamorada del irlandés Tom Lefroy. Un romance poco conocido pero verdadero, según Julian Jarrold, director de la película. Bien, Austen una vez más. Todo parece indicar, como apunta con ironía Bryan Appleyard en el artículo que abre el suplemento dominical ("Just their Type", *The Sunday Times Culture*, Nov 19, 06), que después de todo la escritora tenía una vida sexual: "One way or another, it seems, we shall just have to accept the awful, the incredible truth: Jane Austen had sex. Gosh."

George Orwell se preguntaba si daríamos el mismo valor estético a la obra de Shakespeare en el caso de que, por ejemplo, éste hubiera sido pedófilo. Yo creo que seguramente leeríamos a Shakespeare de forma muy distinta, sería interesante saber incluso si lo leeríamos.

Se supone que el valor de la obra de arte debería ser independiente de la vida del artista, y sin embargo a lo largo de la historia hemos asistido a distintas ideas de equivalencia. Para Giorgio Vasari en sus *Vidas* todo gran artista es un gran humano. En el otro lado del espectro encontramos la idea romántica de que todo gran artista tiene una vida turbulenta e interesante, definitivamente diferente a la vida del común de los mortales. Appleyard dice en su artículo que las biografías del XXI buscan presentar al individuo de manera aséptica, sin valoraciones morales. A mí me parece que en el fondo, muchas de ellas, tienen un gusto de conmisericordia. Es como si el biógrafo buscara justificar al artista. La biografía de Kingsley Amis, por ejemplo, es un catálogo de las patologías del escritor; todo en él era patológico. Lo asolaba un miedo constante —a la oscuridad, a volar, a andar solo por la calle—, era adicto a la comida, el alcohol y el sexo. Según la biografía, Amis agredía intencionalmente a quien lo rodeaba, era mal marido y peor padre, machista, homófobo, antisemita, pero todo esto no sería sino un mecanismo de defensa que el escritor usaba "para mantener el miedo a raya". El biógrafo de Amis sigue la idea freudiana de la obra de arte como síntoma; la misoginia que hay en *Stanley and the Women* sería fruto del segundo fracaso matrimonial de Kingsley Amis y la promiscuidad irrefrenable se vería reflejada en *Take a Girl like You and That Uncertain Feeling*. Pero mientras el enfoque de la biografía de Amis me parece interesante aplicado a su obra, el libro dedicado a William Empson me despierta reflexiones muy diferentes. *Against the Christians* —al menos en el extracto publicado en *The Times*— ofrece los detalles más jugosos de la bisexualidad de Empson, los secretos de los triángulos amorosos entre Hetta, mujer del crítico, el propio Empson y el amante de turno elegido por los dos. Interesante, sin duda, pero ¿para qué? Appleyard sostiene que las biografías contemporáneas, independientemente de lo que digan sobre el artista, son documentos de nuestra época que marcan nuestros prejuicios y preferencias. Totalmente de acuerdo. Cabría preguntarse entonces qué parte de nosotros se plasma en biografías como la de Empson. Supongo que responden a una curiosidad de lo íntimo que creo propia de nuestro tiempo; el placer de la ventana indiscreta tipo Gran Hermano. Mirilla que sirve, según me parece, para adorar la figura del antihéroe, para dar alegría al lector neurótico que comprueba con placer que quien parecía tan grande por su obra tiene en realidad tantas y, ¡ja!, aún más taras que el observador.

M.R



## EL DUENDE LORQUIANO

Entre 1914 y 1918, García Lorca fue el alma musical de Granada. En Madrid nace el escritor y se hace esencialmente poeta contagiando de piano y verso la Residencia de Estudiantes que a tantos genios hospedó. José Bello, componente de la camarilla Buñuel, Lorca y Dalí, confiesa que si Lorca viviera se hubiera decantado por el teatro. Músico, poeta o dramaturgo, Lorca es ante todo trino y aire flamenco.

Palabras y piano. Hondura y lirismo. Flamenco.

Federico García Lorca hoy figura en los planes de estudios como uno de los máximos exponentes de la Generación del 27, hito poético en la Historia de la Literatura Española. Hablar de la poesía de Lorca es hablar de Granada, de gitanos, de puñales y llantos. De lunas, espejos y sus azogues, caballos y verdes ramas. De vientos recogidos de quejíos, de mantas granas. “¡Oh, pueblo perdido / en la Andalucía del llanto”. Flamenco. Y entonces sus versos penetran y se entienden, tanto, que duelen.

Pero Lorca no quiere que le llamen el “poeta gitano”, a pesar de que su obra está habitada por gitanos errantes y muchachas de tez aceitunada del barrio del Sacromente, del tempo del Albaycín. “Yo podría ser lo mismo poeta de agujas de coser o de paisajes hidráulicos”, se apresuraba a escapar de las etiquetas. Sin quererlo, pues, se convirtió en un referente de la flamenología y del aficionado flamenco. Leerle es tonar las sílabas al compás de soleares, pesteras o seguirillas, que se manifiestan y potencian irremediamente imágenes y metáforas de un marco muy definido en la mitología flamenca. Quien merodea los umbrales de este arte sabe que los llantos y el dolor remunerado de vida se filtran por unos términos que se perpetúa en su poesía y en el sentir universal de quien sabe que el hombre pena ante la vida sólo por saber que vive. Es quizá esta última voz, desquebrajada y rota, la que resuena en las tilde que pone toná a los versos como la guitarra a la copla de un pueblo penando.

Quiso entonces expresar una forma de sentir y en 1931 aparece impreso el Poema del Cante Jondo, que incluyen cincuenta y un poemas rasgados del corazón. Fue así, el poeta - músico dibujando con la palabra exacta unos sentimientos, hasta entonces sólo cantados o, a lo sumo, descritos por grandes literatos, en un número estimable, extranjeros, que, según muchos, quedaron rodeando el núcleo central del “duende” que para Lorca salía del cante.

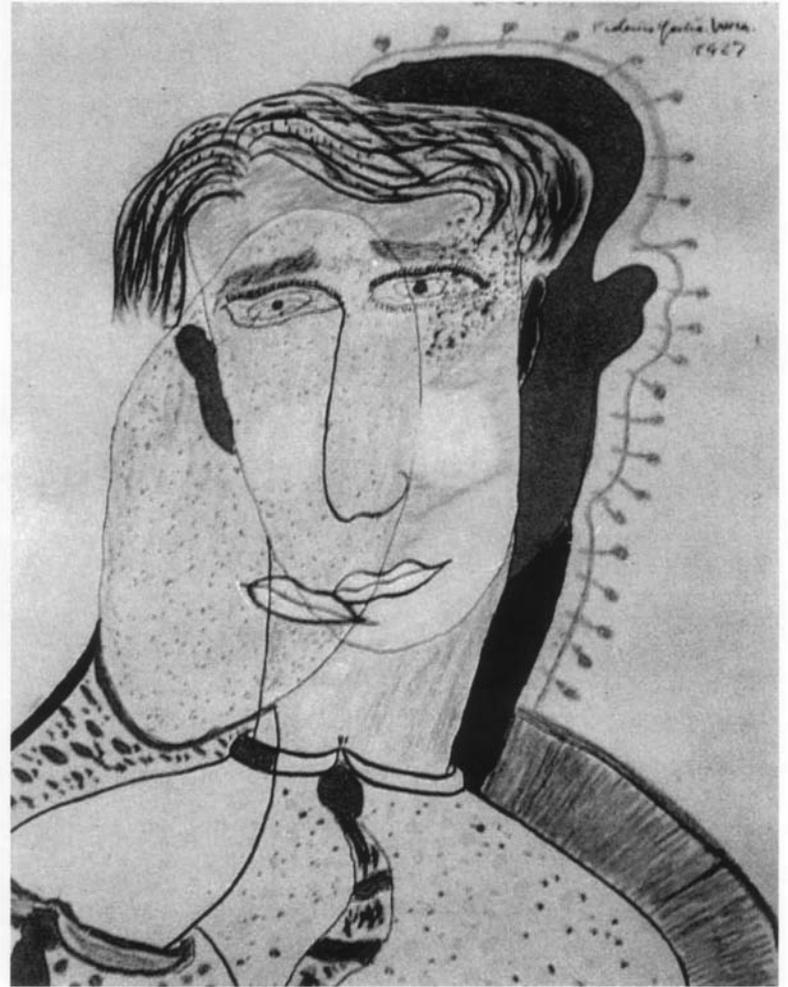
Apareció entonces uno de los libros de estudio de referencia para el que vive con esta actitud cargada de imprecisiones y de difusos mitos, Teoría del duende. Expuso un camino decisivo en la reflexión de lo que para muchos se hacía imposible verbalizar. Sobre este pellizco, aclamado por el aficionado flamenco, que no es exclusivo del cante jondo, sino del arte en general, Nietzsche se refirió a la música del sur o música mediterránea, contraponiendo a Bizet con Wagner, en favor de este último: “Carmen posee, sobre todo, aquello que es propio tan sólo de las regiones cálidas (...) Esta música es serna (...) su serenidad es africana, la cual posee en sí la fatalidad, siendo entonces su felicidad breve, súbita, sin remisión” Es sutilmente el precedente de lo que luego desarrolló Federico García Lorca sobre la estética del flamenco elaborando una nueva categoría: el duende. Aquel 1933 en la Sociedad de Amigos del Arte, en Buenos Aires, donde pronunció su teoría del duende aportó dos intuiciones poéticas de absoluta genialidad: “el duende es el espíritu de la Tierra” y “el duende no llega si no ve posibilidad de muerte” Y así entendemos que La Piriñaca dijera, cuando un día le preguntaron por lo que sentía cuando cantaba, que le sabía la boca a sangre; o que la Argetinita, en el ritual del baile jondo, llamara a sus muertos al taconear y alzaras los brazos para llegar al cielo, donde, dicen y hace crear el flamenco, se alcanza a Dios.

Es el duende hondura, profundidad y belleza de la verdad de un pueblo de temblor y escalofrío. Es natural, culto, intempestivo, trágico, pasional y creador., y escapa a pesar de la belleza a la razón histórica de su catarsis. No es tanto un cantar, como una forma de hacerlo.

Diez años antes de la conferencia, en su intento vital por llegar a las entrañas de un sentir que era parte de su apellido, junto a su compañero de acordes Manuel de Falla, organizaron el Primer Festival de Cante Jondo en su adoradísima Granada, en el que participaron grandes maestros de principios de siglo. Intentaba revalorar el cante jondo frente al cante flamenco apto para un Madrid de modas y públicos masivos.

¿Es quizá por el duende que Lorca sea el poeta local más universal de nuestra poesía? Si bebió de las fuentes del cancionero popular no sólo de Andalucía, sino también del castellano, del asturiano, leonés... Prototipo de español en el extranjero llenaba su poesía de dramas humanos y tormentos del corazón. Es por ello que Neruda llegó a considerar a Lorca como antiesteta, sin menospreciar su valía, porque Lorca era popular y culto al mismo tiempo, como lo fueron Tirso de Molina, Juan de Mena o Nebrija que tomaron composiciones poéticas de las coplas populares, con la diferencia de que Lorca no revestía la miseria, ni la daba forma. La exaltaba tal lenguaje vital de un pueblo a sangre viva.

Queda el legado del duende lorquiano no sólo en su poesía a través de la multitud de canciones que recogió de la poesía tradicional, ni del imaginario de sombras encalladas en la geografía de su obra. Queda como maestro del teorema de lo jondo. Arquitecto licenciado de compases, grandezas y desnudos de lenguaje tierno y hondo de la sensibilidad universal, que hoy nos llega en el último grito de una seguiriya.



## ¿HUMANISMO O HUMANISMOS?

El término humanismo ha ido inseparablemente unido al de renacimiento. Sin embargo, tal y como demostró el profesor Panofsky en su “Renacimiento y Renacimientos”, no hubo un único renacer de la cultura clásica, sino varios, en diversos momentos de la historia. Si aceptamos la tesis de Panofsky, habríamos de deducir que tampoco hubo un único humanismo, sino muchos, distribuidos en diversos momentos del pasado, ya que la cultura clásica grecolatina y los valores antropocéntricos sobre los que se sustenta, son un todo indisoluble desde su conformación en la Grecia arcaica y clásica, allá por los siglos VIII - V a. de C. Desde una perspectiva histórica definimos el humanismo como el movimiento intelectual que dominó en Europa entre los siglos XV y XVI, que revalorizó la dignidad del espíritu humano, enlazando la cultura tardo-gótica del siglo XV, con los ideales de la antigüedad grecolatina. El principal cambio fue el tránsito de un mundo teocéntrico (el de la Edad Media s. V-XV), en el que la Iglesia proponía los ideales que fundamentaban las sociedades, a un mundo nuevo en el que el hombre proponía unos nuevos ideales que le daban un protagonismo hasta entonces nunca conocido por la humanidad (de ahí las grandes personalidades del renacimiento). Por esta razón decimos que el antropocentrismo devolvió al hombre a la exaltación de los valores humanos, al tiempo que se convertía en el fundamento de nuestra sociedad. Ese cambio es fundamental para entender el arte, la cultura, la literatura y, en general, para comprender el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna. En realidad, sin los cambios operados en el siglo XV es imposible entender nuestro mundo actual. Por encima de todas estas transformaciones, el cambio más profundo se operó en las mentalidades. El hombre dejó de sentirse minúsculo, para pasar a sentirse el centro del mundo y dueño de sí mismo y de su destino, sin que ello signifique que dejase de creer en Dios, dado que el humanismo del siglo XV y XVI era un sistema de pensamiento cristiano, es decir, el hombre se entendía a sí mismo como la obra maestra de la creación y, en consecuencia, como la más brillante obra creada por Dios. Ese hombre nuevo, protagonista del renacimiento, es el creador de un nuevo lenguaje estético profundamente individual, en el que nos reconocemos plenamente. Magnífico ejemplo son las obras de Leonardo, Piero della Francesca, Miguel Ángel Buonarrotti, Bramante, Donatello, Rafael, Erasmo, Maquiavelo, Luis Vives, Arias Montano, etc. Todos ellos son partícipes de la conformación de un lenguaje intelectual y estético hecho a la medida del hombre, basado en el canon de belleza clásico, es decir, basado en la búsqueda de la armonía de proporciones de las partes entre sí y del todo consigo mismo. Hoy vivimos la era de la tecnología y quienes nos dedicamos a la enseñanza, y particularmente así lo deseo, esperamos que los valores humanos, cuya validez es a mi juicio universal, no queden subsumidos en las máquinas, ni en el devenir materialista que nos rodea, y que el humanismo siga sustentando nuestras sociedades occidentales y, ¿por qué no?, la mayor parte de nuestro vivir diario.